

Telecomunicaciones en México: tras la cortina de humo

EDUARDO A. BOHORQUEZ Y VIRGILIO DELGADO

El desarrollo de avanzadas tecnologías capaces de transformar los sistemas de comunicación, tradicionalmente "pasivos" al terreno de la interactividad entre quienes producen mensajes y sus receptores, es tal vez el principal condicionante de la telecomunicación en el futuro. Tan sólo en lo que se refiere al entretenimiento han aparecido reproductores de discos láser, televisión de alta definición, sistemas de compresión digital o la tele-visión directa al usuario (DTH), productos que van remodelando el concepto tradicional de comunicación y al mercado mismo.

Pero la aparición de la televisión "inteligente", la expansión del radio y el desarrollo de nuevas tecnologías, no representan casos aislados dentro de las tendencias generales de la industria y la sociedad de este siglo. En el mismo lapso de tiempo, el teléfono se transformó en el mecanismo de comunicación más utilizado. A lo largo del planeta se extienden hoy cables de distintas calidades (del cobre a la fibra óptica) que conectan literalmente los cinco continentes. Así, aunque la ilusión comercial y el imaginario colectivo asocian la comunicación con los satélites y los recursos "inalámbricos", buena parte del proceso sigue siendo factible gracias a la red física en telefonía. Con todo, no podemos describir el contexto actual de las telecomunicaciones sin agregar el impacto que ha producido la telefonía celular, que si bien se encuentra limitada a ciertos sectores socioeconómicos, representa un sector de gran movilidad. Tan sólo dentro de la economía mexicana, éste podría pasar de 390 millones de dólares en 1994 a 640 en 1998, de acuerdo con la proyección de International Technology Consultants (ITC)¹. Más recientemente, se ha desarrollado un nuevo tipo de comunicadores personales, los *paggers*, que ofrecen recepción de escritos a precios accesibles, lo que podría impulsar su comunicación en un mercado como el mexicano.

En los años siguientes, el desarrollo de nuevas tecnologías tendrá un propósito doble. Por un lado, mantener el carácter vertiginoso de la innovación; por otro, reducir el costo de los productos, incrementando con ello la base de consumidores que pueden comunicarse a través de estos medios. Esta tendencia, junto con la de los ordenadores, las redes y el *software* empleados por ambas, busca fortalecer el concepto finisecular más socorrido después de la "aldea global": la "supercarretera de la información"². Una amplia red de puntos de comunicación que permitan la coexistencia de distintos tipos y formas de información de manera cada vez más accesible y amistosa con los usuarios. ¿Cuál es el papel que la sociedad mexicana guarda frente al desarrollo de las telecomunicaciones? ¿Cuál el del Estado? ¿Es factible enfrentar con éxito las inevitables presiones del mercado y las corporaciones detrás de ellas?

El dilema del Estado en un mundo interconectado

Ha sido tan amplio y rápido el desarrollo de las telecomunicaciones, que la imaginación de escritores y académicos considera haber alcanzado el verdadero paraíso de las libertades, o

esa tierra fértil indispensable para el renacimiento de la mejor versión anárquica. Y nadie quiere desmoronar intencionalmente este sueño colectivo. Porque con la difusión de la idea de un mundo cada vez mejor comunicado y por ende más pequeño -sintetizado desde hace varias décadas en el concepto de "aldea global"-se ha enriquecido la vida literaria, comercial y política de nuestro tiempo. Conforme se acerca el fin de milenio la aventura de la información/comunicación³ se extiende por doquier y un grupo cada vez más numeroso de personas es educado bajo el criterio de un mundo interconectado a través de la terminal casera y la velocidad digital. Las imágenes de lo moderno y lo venidero reflejan la intervención de inmensas redes de computadoras en todos los espacios de nuestras vidas. "Información es poder" recita el aforismo que heredaron los organismos de inteligencia de la guerra fría a los ideólogos del mundo mercantil de las últimas dos décadas.

Uno de los puntos culminantes de esta tendencia internacional lo ilustran Alvin y Heidi Toffler con la ayuda de un político de carrera, Newt Gingrich. El singular trío renueva la advertencia: estamos frente al nacimiento de una nueva civilización y es el momento de asumir su liderazgo⁴. La industrialización ha fallecido y no podemos seguir explotando sus contradicciones y debilidades. Sólo resta interpretar a la información como marco para entender un mundo totalmente distinto, producto de la alta tecnología y la expansión de valores sociales respetuosos de la inteligencia.

Como resulta obvio suponer, dado el alcance y la velocidad con la que se ha desarrollado lo que autores como los citados llaman la "sociedad de la información", ésta ha ido trastocando diversas estructuras e instituciones. Con el doble efecto de la tecnología de punta y el imaginario colectivo sobre computadoras e instrumentos de comunicación, la presencia de ese invento generoso de Bodin, la soberanía, han ido transformándose hasta el punto de obviar los márgenes tradicionales del Estado-nación. La nueva versión del mundo abandona las limitaciones territoriales y de soberanía popular, para consagrarse a su interés central; a saber, el carácter sistémico de las relaciones sociales, políticas y comerciales del planeta. No importa tanto el mensaje sino la posibilidad de encontrarnos conectados o comunicados a un sistema, a una red universal.

Ante nuestros ojos, las proféticas argumentaciones de Marshall McLuhan han alcanzado el espacio más aguerido de la mercadotecnia. No hay corporación multinacional que se precie de serlo que no posea una visión "integradora" de las sociedades futuras. La compañía de tarjetas Visa, por ejemplo, sostiene en sus campañas publicitarias haber emprendido la auténtica unidad monetaria desde hace años. El gigante corporativo de las computadoras personales, IBM, hace lo propio ofreciendo "soluciones para un mundo pequeño", una especie de visión humanizada de los ordenadores personales. La tendencia llega hasta el punto de considerar como lugar común el proceso de transformación de nuestra idea de tiempo y espacio. Hoy, decir ante un auditorio de más de tres personas que los segundos tienen cada día una menor duración y que las distancias en su sentido literal han sido abandonadas, puede ser considerado como un aspecto obsoleto de nuestra conversación.

Pero no es tan sencillo. Si rebanamos la cortina de humo de la publicidad y el vértigo de las computadoras y los aparatos de comunicación, que *siempre* serán obsoletos, descubrimos que las discusiones menos vistosas siguen en pie. El Estado, esa figura que tradicionalmente mantenía el control sobre un territorio específico, cuenta cada vez con menos recursos para mantener sus fronteras, virtuales o comunicativas, intocables. Encara por un lado la presión de los grandes corporativos (muchos de los cuales se movían tradicionalmente en el terreno de la industria militar) que han reorientado sus objetivos al desarrollo de los mercados en comunicación. Como contraparte, el Estado *sabe* que la

comunicación es un área estratégica para la prestación de servicios y el desarrollo nacional, pero no encuentra muchas facilidades en el ámbito legislativo para controlar los ritmos y avances de este sector. Adicionalmente, los Estados se encuentran incapacitados financieramente para mantener un gasto importante en materia de comunicaciones. Como es lógico desprender, y esto es una tendencia universal, los Estados irán abandonando toda forma de inversión en equipo o infraestructura para limitarse a la coordinación, nada fácil por cierto, de los exaltados mercados en telecomunicaciones. El Estado deja de ser propietario y operador, para fungir como regulador de los servicios de telecomunicaciones.

Las telecomunicaciones en México

La ubicación geográfica de México lo coloca en vecindad con el mercado de telecomunicaciones más grande del mundo, con una penetración de los servicios de 92%. Esto plantea el reto de aprovechar las ventajas de hacer negocios en ese país sin aumentar el grado de dependencia del sector nacional de telecomunicaciones. De este modo, y como parte de una tendencia universal, la privatización de los servicios de telecomunicación, el gobierno de México

ha ido promoviendo un esquema de propiedad privada en este sector. Las principales desincorporaciones han sido la de Teléfonos de México (Telmex), la del Instituto Mexicano de Televisión (Imevisión) y en fecha próxima la de los satélites, uno de los cuales se encuentran en su fase de salida.

En paralelo a las desincorporaciones, el gobierno ha tratado de estimular la competencia en otras áreas, permitiendo la participación de más empresas, lo que hace innecesaria la regulación excesiva. Tal es el caso de la comunicación radial o la telefonía celular, donde la desregulación ha sido innecesaria. Entre agosto y enero de 1997) las discusiones más importantes en esta materia tratarán sobre los mecanismos de regulación, los acuerdos internacionales y la asignación de concesiones en lo que se refiere a servicios de larga distancia telefónica, telefonía pública y al uso de satélites (propiedad o no del Estado mexicano) para transmisiones de televisión vía satélite directa a los suscriptores (DTH) que podrían extenderse a otros productos distintos del entretenimiento o la industria de la información. En ese mismo periodo a más tardar el 10 de agosto del presente año— el gobierno de la República deberá integrar un órgano desconcentrado del Sector Comunicaciones y Transportes, con autonomía técnica y operativa, mismo que buscará orientar los criterios de empresas y prestadores de servicios en esta materia, tal como se estipuló en el artículo 1° transitorio de la Ley Federal de Telecomunicaciones promulgada el 18 de mayo de 1995.

El proceso de apertura aumenta la vulnerabilidad del Estado mexicano: la tecnología permite mayores coberturas, el tamaño de los mercados de los países en desarrollo los hace muy atractivos y el número de empresas compitiendo por éstos dificulta su control. Aquí surge el mayor de los dilemas en este renglón de la agenda pública. El Estado debe fortalecerse, pero no al grado de frenar y paralizar el desarrollo de las telecomunicaciones.

En este mismo sentido, el gobierno mexicano tendrá que encarar un mercado de telecomunicaciones que no es ni remotamente de los más débiles del mundo, con una de las infraestructuras más modernas de fibra óptica, un sistema satelital propio^s y una evidente competencia para telefonía de larga distancia. Ello, sin embargo, no debe confundirnos. El principal reto constituye incentivar el desarrollo de puntos de telecomunicación en un número gigantesco de comunidades rurales, literalmente aisladas del resto del país.

Para ilustrar esta problemática, basta con referirse al problema de la telefonía alámbrica. Desde su privatización en 1989, Telmex ha tenido que aumentar el número de líneas por cada 100 habitantes de 8.7 en ese año a un objetivo de 20 líneas por cada 100 habitantes para el 2000. En los primeros tres años, Telmex incrementó en 42% el número de líneas (62% de éstas digitales) y tendió un cableado en fibra óptica de alrededor de 13,500 kilómetros. En el mismo periodo el número de teléfonos públicos creció en 42% más que en 1992 y prácticamente el doble respecto a 1991. Esto convirtió a Telmex en el operador más rentable de servicios de comunicaciones más rentable de la OCDE, manteniendo un ingreso bruto de 43% sin comparación con el promedio de la organización que es de 15%⁶. El gran nudo, sin embargo, se refería a la cobertura de otras áreas menos rentables del mercado. Telmex reportó en 1993 que el servicio para áreas clasificadas como rurales alcanzaban sólo el 0.7% de los ingresos de operaciones consolidadas por la compañía en 1992. *Grosso modo*: la telefonía rural no es un asunto de gran interés para aumentar los ingresos de una empresa telefónica. Así, aunque en 1989 habían 6,700 poblaciones rurales con servicio y en 1994 fueron cerca de 21,300, todavía existen 27,700 comunidades de entre 100 y 500 habitantes donde no se presta servicio alguno⁷. Toca pues a un Estado mexicano "regulador" la difícil tarea de integrar a un número todavía grande de mexicanos, no a la supercarretera de la información, sino a la red telefónica nacional. ¿A cuántos —y esta pregunta va mucho más allá del tamaño del mercado— beneficia la extensión de una red sofisticada de telecomunicaciones? Ese número sigue entre las responsabilidades del gobierno de México.

1. Datos publicados por María Hope, "El espectro de todas las batallas", entrevista con Enrique Melrose, en *Expansión*, junio de 1996, pp. 9-15.

2. No todos los especialistas están de acuerdo con este concepto. Debida a la promoción que, por ejemplo, el vicepresidente norteamericano Al Gore le ha dado al mismo, un buen número de críticos insisten en que llamar a esta macrotendencia "supercarretera" es una herencia directa del "nuevo trato" de Roosevelt. Inclusive llegan al extremo de considerar que la metáfora da cuenta de una sociedad industrial que, desde su perspectiva, hace tiempo se encuentra en estado terminal.

3. Esta relación define un sistema de telecomunicaciones, que es cualquiera que permita el contacto entre dos o más puntos remotos para intercambiar diversas clases de información. Como lo sugiere el primer párrafo del presente texto, desde su nacimiento, las telecomunicaciones se dividen en dos clases: las alámbricas y las inalámbricas. Para la transmisión de información, las primeras utilizan medios físicos —cables y postes—, mientras que las segundas utilizaban ondas electromagnéticas capaces de viajar por aire. Al principio, ambas tecnologías se contraponían y competían por eliminar a la otra. No obstante, el tiempo ha probado que ambas son no sólo necesarias, sino compatibles y complementarias también.

4. Alvin y Heidi Toffler, *A New Civilization* (Foreword by Newt Gingrich), Atlanta, Turner, 1995. La crítica a estos argumentos ha sido menos difundida. Theodore Roszak, por ejemplo, escribió en 1986 con motivo de los textos de John Naisbitt y Alvin Toffler sobre el futuro: "libros como los citados pertenecen a ese género inmensamente popular de la literatura contemporánea que recibe el nombre de *futurología*, que es un torpe híbrido de ciencia política comprimida, periodismo de suplemento dominical y adivinación. Encontramos en ellos animados relatos sobre *el Futuro* cuyo nivel intelectual viene a ser el

de los textos publicitarios. Retazos sensacionalistas y lemas estafalarios llenan todas las páginas junto con portentos que quitan la respiración y predicciones brillantísimas por doquier... Casi podríamos creer, a juzgar por su forma simplista de formular la economía de la información, que pronto viviremos gracias a una die-ta de disquetes y caminaremos por calles pavimentadas con microchips. Al parecer —continúa Roszak—, ya no hay campos que deban ararse, ni minerales que haya que extraer ni es necesario fabricar productos industriales pesados; a lo sumo, estas necesidades continuas de la vida se mencionan de paso y luego se pierden en medio del crepitar de la energía eléctrica pura, que de un modo u otro satisfacen todas las necesidades humanas de una manera indolora e instantánea." Véase Theodore Roszak, *El culto a la información. El folclore de los ordenadores y el verdadero arte de pensar*, México, CNCA/Grijalbo, 1990. pp. 33-34.

5. Tres satélites funcionales construidos con tecnología de punta, capaces de brindar servicios algunas porciones del territorio de Estados Unidos y países de Centro y Sudamérica.

6. Information Computer Communications Policy, *Communications Outlook*, OCDE, Paris, 1995. pp. 115-118.

7. Poder Ejecutivo Federal, *Programa de desarrollo del Sector Comunicaciones y Transportes 1995-2000*, p.98.

Eduardo A. Bohórquez. Politólogo.

Virgilio Delgado. Internacionalista y consultor.

Economía nacional

